

---

DEL SANTO SACRAMENTO DE LA EXTREMA-UNCION.

---

PLATICA LIV.

SUS ADMIRABLES EFECTOS.

---

A 25 de Agosto de 1694.

---

**E**L mejor amigo se conoce en el mayor aprieto. Es la fina amistad como el oro, que al toque muestra sus quilates, que á la prueba ostenta su valor; y tan realzado, que no hay comparacion al precio de un amigo que en la mayor tribulacion mantiene su fidelidad: *Amico fideli nulla est comparatio* (*Ec. 8. vers. 15.*) Y ya, si por lo mayor del aprieto hemos de conocer cuál es de todos el mejor y mas fino amigo, en aquella tribulacion la mayor en que todos los amigos juntos nada pueden, ¿cuál será aquel amigo que entónces solo nos asista? *Deus meus es tu*, decia extreme-

cido al pensarlo David. (*Ps. 21. vers. 12.*) *Ne discesseris a me. Quoniam tribulatio proxima est, quoniam non est qui adjuvet.* ¡Oh, Señor, tú eres mi Dios, no te apartes de mí en aquella tribulacion, digo la suprema como la última de mi vida; cuando ya en la batalla mas terrible de la muerte los padres nada pueden, por mas que lo desen; los parientes nada socorren, por mas que lo busquen; los hijos nada consiguen, por mas que lloren; los amigos nada alcanzan, por mas que lo sientan; los médicos nada esperan, por mas que lo estudien: *Non est qui adjuvet:* cuando nadie hay que nos pueda ayudar, ¿qué amigo nos queda? Solo entónces nuestro amabilísimo Redentor, que no contento con habernos, por todo el curso de la vida, prevenido el socorro á las necesidades en sus Sacramentos, nos lo previno hasta el último punto de la mayor tribulacion: *Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione.* (*ps. 9. v. 10.*) No contento con habernos dado la vida en el Bautismo, su fortaleza en la Confirmacion, su sustento en la Eucaristia, el reparo de las quiebras en la Penitencia; para entónces, cuando faltándonos ya los alientos, cuando postradas las fuerzas, cuando cercándonos de la muerte las congojas, aun no nos desampara: *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.* (*ps. 70. vers. 9.*) No me dejes, mi Dios, no me dejes cuando los alientos me falten, cuando los dolores me cerquen, cuando turbada la razon, confusos los sentidos, faltas las fuerzas, crecidas las congojas, no me desampares: *Ne derelinquas me.* Así se lo pedia David ansioso, y eso es lo que á nosotros nos asegura en el Santo Sacramento de la Extrema-Uncion. Pero no deja, dice el santo Concilio de Trento, ningun tiempo de nuestra vida, en

que no nos ampare. ¿Qué amigo pues, es este, que así tan de antemano nos tiene prevenido para el mayor aprieto el socorro? ¿Qué amor el que tan cuidadoso adelanta á la mayor necesidad, prevenido el valor, no menos que de su misma Sangre? Este es, pues, el Sacramento de la Extrema-Uncion, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para los enfermos que en grave peligro de su vida se acercan á la muerte. Este es el santo Oleo, en que tan introducido el horror de los necios, el vulgar miedo de los ignorantes, miran la misma vida como si fuera la muerte; huyen del socorro como de la mayor tribulacion. ¡Oh, si este horror tan bárbaro; oh, si este miedo de la ignorancia; oh, si este susto de la poca fé lo pudiera yo arrancar de los corazones, lo pudiera desterrar del todo entre los cristianos! ¡cómo no solo hácia los provechos del alma, sino aun á la salud del cuerpo consiguiera no pocos logros! Entro pues á su explicacion; ojalá y á su meditacion y amor entre todos.

Extrema-Uncion se llama este Sacramento, ó ya porque solo se dá á los que están en el extremo peligro de la vida, ó ya porque en el orden comun de recibirlos, es el último y extremo de los Sacramentos, ó ya porque es la última y extrema de las Sagradas Unciones que recibimos. Tres veces fué ungido David, parece que retratando en figura este misterio. La primera, en la casa de su padre, ungido ya desde allí por Rey. Eso es lo que nos sucede en las Unciones Santas del Bautismo, que ya desde allí nos destinan al Reino. La segunda, le ungió Samuel en Hebrón, cuando empezaron sus batallas y sus contiendas. Esa es en nosotros la Uncion de la Confirmacion, para bata-

llar sin avergonzarnos por la fé todo el espacio de la vida. La tercera, lo ungió el mismo Samuel en Hebrón, cuando acabando de vencer á sus enemigos; se ciñó la corona victoriosa de Israel y de Judá. Eso es la Uncion Santa, que estando ya al fin de la vida, se nos pone en este Sacramento, para conseguir en la última batalla la última victoria, en que nos vá el ponernos una eterna corona. En la Confirmacion y en el Bautismo se nos unge el Sagrado Crisma, que se compone del aceite de olivos, mezclado con el bálsamo oloroso, porque se nos pide el buen olor de nuestras costumbres, la fragancia de nuestras buenas obras. En la Extrema-Uncion, el aceite de olivos consagrado por el Obispo, sin otra mezcla, es solo la materia, porque entonces lo puro de la conciencia, lo sereno, lo tranquilo del alma, es lo que se pretende en un moribundo. En el Bautismo y en la Confirmacion, solo se ungen determinadas partes; pero en la Extrema-Uncion todos nos consagramos, para entrar todos puros en la gloria: *In Extrema-Uncione preparatur homo, ut recipiat immediate gloriam*, dice Santo Tomás. (3. p. quæst. 6. art. 1.) Todos los demas Sacramentos son medios para conseguir la gloria; mas no luego, segun su institucion; pero este solo amabilísimo Sacramento es el que inmediatamente dispone para entrar en ella. Los demas son los caminos; este es ya la limosna puerta del cielo. Los demas disponen; este perfecciona y consuma, dice el santo Concilio de Trento: (Ses. 14. cap. 1.) *Quod non solum pœnitentiæ, sed et totus Christianæ vitæ consumativum existimatum est á patribus*. No quedando despues de recibirlo, sino entrar á ver á Dios en su gloria.

Y con esto he dicho ya el Instituidor Divino de

este Sacramento, que es Nuestro Señor Jesucristo, para darnos en el mayor aprieto el socorro; su materia remota, que es el oleo ó aceite de olivos consagrado por el Obispo; su materia próxima, que es el ungirolo en todos los sentidos del cuerpo del enfermo, estando en peligro de muerte; y su principal fin, que es disponer al alma para que luego pueda, si no pone de su parte embarazo, conseguir la gloria. ¿Dónde están pues ahora los temores tan necios? ¿dónde los medios tan bárbaros con que tanto se rehusa, con que tanto se llora el recibir este Sacramento? Si hay fé, si hay conocimiento de Dios y de lo eterno, ¿en qué estrivan estos prácticos errores conque así se huye del Oleo Santo, escogido por eso de Nuestro Señor Jesucristo para retratar mejor en el alma las propiedades del Oleo en el cuerpo? Penetra éste, ungiéndolo en lo exterior, hasta lo mas íntimo de los huesos, segun aquello de David: *Intravit sicut oleum in ossibus ejus*. Así mejor, por este Sacramento, la gracia santificante entra en el alma á darle el jugo de la mejor vida. Es el Oleo el que ungiendo corrobora las fuerzas, fortalece los nervios, usado por eso por los luchadores antes de entrar en sus contiendas; mejor este Oleo santo fortalece al alma para la mas cruda batalla. Mitiga el aceite los dolores; este mejor los aligera. Fomenta el aceite la llama; este aviva mejor en el alma la llama de la Esperanza, de la Fé y de la Caridad. Mata el aceite las moscas; este mejor libra de las culpas veniales. Y el aceite aún borra de las heridas las cicatrices; este mejor consume y destruye del pecado las reliquias.

Hagamos concepto, católicos, de esos admirables efectos del Divino Sacramento de la Extre-

ma-Uncion; y en vez del miedo necio, se nos excitará en el alma un amor santo, un ardiente deseo de recibirlo; de modo, que el enfermo mismo sea quien lo pida, que así nos lo dice Santiago: (*cap. 5. num. 14.*) *Infirmatur quis in vobis, inducat presbiteris ecclesiae*. Si avivamos la fé del inexplicable tesoro que en este Sacramento tenemos, ya no será menester que se anden buscando personas que lo digan, rebozos conque lo propaguen, temores con que lo intimen, que antes el enfermo mismo lo pedirá y lo clamará ansioso. Poneos ya en aquel peligro, consideraos en aquel trance: ¿qué hay allí deseable que con este Sacramento solo no se consiga? ¿Deseais, temeroso de vuestra mala vida, de la estrecha cuenta que se os acerca, digo, la gracia de Dios? Esa por este Sacramento se aumenta. Deseais, temeroso de la terrible batalla con el demonio, fortaleza y vigor en el alma? Esa por este Sacramento con especiales auxilios se fortifica. ¿Deseais algun alivio en los dolores del cuerpo? Esos, por virtud de este Sacramento se mitigan. ¿Os dán cuidado las innumerables culpas veniales de vuestra vida, y lo que puede haber quedado de las muchas mortales culpas? Esas por este Sacramento se perdonan. ¿Os affiogen las congojas, los temores, el caimiento del corazon, los sustos, reliquias todas de los pecados? Esas por este Sacramento se quitan. ¿Temeis, en fin, las terribles llamas del purgatorio que os esperan? Esas, ó todas, ó parte, segun vuestra disposicion y fervor, por este Divino Sacramento se perdonan. ¡Oh, amabilísimo Sacramento! ¡Oh, tesoro inexplicable en el mayor aprieto! ¿Dónde está nuestra fé! que si nos fuera permitido, que no

lo es, sino solo estando en peligro de muerte, nos habíamos de olear todos los días.

Pues aún he dicho muy poco. Afirman, y muy bien, grandes hombres, que no pocos se han salvado por este Sacramento, y que no pocos se han condenado solo por no haber recibido la Extrema-Uncion: *Quid non raró sit*, dice por todos nuestro Cornelio, *non raró sit, ut per Extremam Uctionem salvetur, qui sine ea periisset, fuissetque damnatus*. Pues habiendo, me dirán, los Sacramentos de la Confesion y de la Eucaristía, ¿cómo solo por la Extrema-Uncion podrá haber sucedido el salvarse, ó solo por la Extrema-Uncion podrá haber sucedido el condenarse? Yo lo diré: Lo primero, cierto es que no todos pueden conseguir el Sacramento de la Eucaristía, porque estando ya privados de sentidos, no se les puede ministrar como se les puede ministrar la Extrema-Uncion; cierto es que muchos aun la Confesion no alcanzan; y añado mas, que puede suceder que aunque la alcancen, es asentado y moralmente cierto entre todos los mayores Teólogos, que el Sacramento de la Extrema-Uncion basta para hacer al alma de atrita contrita; quiero decir, que aquel que arrepentido de sus pecados solo con atricion, pensando él que está contrito, recibe este Sacramento sin haber podido alcanzar los otros, con él solo se pone en gracia. ¿Pues á cuántos les habrá sucedido en tal aprieto, en tal prisa, en tal susto? Mas, (aquí quiero á los nimiamente temerosos, que andan toda la vida temiendo si se han confesado bien) es asentado sentir de los Teólogos, que si la Confesion no quedó buena por alguna inadvertencia inculpable, por este Sacramento se perfecciona: que si aun despues de la Confesion hay en el

alma de nuevo alguna culpa mortal, que, ó no se acuerda, ó con invencible ignorancia no se conoce, por este Sacramento se quita. Miren, pues, ahora si muchos estarán en el cielo solo por la Extrema-Uncion, y si por falta de ella estarán en el infierno muchos. ¡Oh, consuelo para aquel trance inexplicable! Cierto es que no hay precepto que nos la mande recibir; pero si hay el escándalo, si hay desprecio, dejarla sería un pecado mortal gravísimo. Y yo no quiero que el dilatarlo no sea desprecio; pero por temores tan vanos irle poniendo dilaciones, ¡oh, qué peligros!

El caritativo padre de pobres, San Juan de Dios; (*in ejus vita cap. 24.*) tenia en su Hospital de Granada un pobre gravemente enfermo; quiso darle la Extrema-Uncion, y él con ese temor de ignorantes, se afligió de manera, rogándole que la dilatase, que el Santo, por no desconsolarlo convino en ello. Salióse á pedir su limosna por el lugar, y cuando volvió ya habia muerto el enfermo sin la Extrema-Uncion. Púsose con sus frailes á amortajarlo, y derrepente se levantó y se sentó el difunto, y mirando al Santo, dijo: Padre de pobres, por negligencia que tuve en recibir el Sacramento de la Extrema-Uncion que me quisiste dár, soy condenado á veinte años de purgatorio; y luego se volvió á postrar difunto. ¿Veinte años de purgatorio? ¡Andense ahora con dilaciones en este Sacramento!

—Ya; pero como luego se sigue la muerte.—¡Oh, necios! ¿Y cuántos oleados comen pan? Ese es otro efecto de este admirable Sacramento, tan lejos de vuestra ignorancia, que antes, si al alma le conviene, dá al cuerpo la salud. Por ese miedo necio la rehusaba recibir Roberto, Emperador:

(Marcant. *Candelabr. tit. 16. sect. 2.*) y vencido á las instancias la hubo de recibir, y al instante que la recibió se levantó sano y robusto.

Fray Nicolás de Nice, franciscano, refiere que un caballero muy noble, estando muy malo, y proponiéndole el recibir la Extrema-Uncion: *No me trateis de eso*, respondió, *porque todos los que se olean se mueren*. No pasó mucho que sin él se murió, y poco antes de enterrarlo, delante de un grande concurso se levantó en el féretro y dijo: *Porque no quise recibir la Extrema-Uncion, padeceré cien años en el purgatorio por justos juicios de Dios*. Y añadió: *Si la hubiera recibido, no hubiera muerto, y me hubiera levantado de mi enfermedad*. Y si acá lo vemos en tantos hácia la salud del cuerpo, ¿qué penas serán en el purgatorio las que padezcan los que, ó la dilatan ó no la reciben? Si, como dijo Santo Tomás, y es el sentir comun de la Iglesia, este Sacramento es la última disposicion que prepara y dispone al alma para entrar inmediatamente en la gloria, ó no hay fé si se rehusa, ó no hay entendimiento si se dilata.

Refiere el *Discípulo*, (*in prompt. verb. Unct. extra.*) que un religioso Dominicano, llamado Bonifacio, gravemente enfermo, pidió á su Prior que le diese la Extrema-Uncion; él, por ser ya tarde, no quiso juntar la comunidad, lo dilató á la mañana siguiente; y yendo á ver al religioso enfermo, muy afligido le dijo éste: ¡Oh, padre, qué mala obra me has hecho! porque si anoche me hubieras oleado, ahora estuviera ya yo en un hermosísimo Palacio que esta noche he visto. Ví que estaba Fray Reginaldo, y otros frailes y santos que han muerto, y que saliéndome á recibir me habian entrado allá, y sentáronme con ellos, donde estaba yo gozosísimo:

pero entrando luego mi Señor Jesucristo, me dijo: Anda vete de aquí, que no puedes estar con mis santos, pues que no has recibido mi Santa Uncion que te purifique. Con esto me volví, ¡oh, qué afligido! y si supieras cuánto es el mal que me has hecho con haberme dilatado aquel gozo! ¡Oh, y si todos hiciéramos este concepto! ¡con qué amor, con qué santos deseos, con qué viveza de fe, con qué fervores del alma recibiéramos este Sacramento, que limpiándonos de las culpas, es la puerta mas feliz por donde hemos de entrar á la gloria!